R- 4170

*José M.ª Pérez de Perceval*

# *EN BUSCA DEL «TESORO DE LOS MOROS»*

*Almería, 1987*

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA
BIBLIOTECA

Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 1

# EN BUSCA DEL «TESORO DE LOS MOROS»

Por

*José María Pérez de Perceval

La historia de los moriscos se revela como algo oscuro, enigmático. Primero perseguida culturalmente, luego eliminada físicamente mediante la expulsión, los datos que poseemos sobre esta comunidad provienen normalmente de los vencedores. Por ello, este artículo se propone cambiar de óptica: estudiar no la historia real de los moriscos sino el discurso emitido por la comunidad de cristianos viejos sobre ellos. Es decir, la historia de los inquisidores y sus sueños obsesivos. En este sentido, escojemos un ejemplo de los mitos que se fabricaron en el largo camino que llevó del etnocidio al genocidio. Se trata de la invención de supuestas riquezas que la comunidad morisca atesoraría en perjuicio de la cristiana vieja. Hay que contar con la inflacción de finales del siglo XVI para entender la base real, que a nivel de percepción individual sobre una moneda que se desvalorizaba por momentos, alimentaría el nacimiento de la leyenda. Y esto acaba recogiéndose en sentencias, cuentos y leyendas que han llegado a la actualidad. Como la que nos contaba el escritor gallego Alvaro Cunqueiro que «preguntando yo a uno que sabía mucho de tesoros, y hasta se decía que había encontrado uno, como siendo los tesoros del tiempo de los moros —o lo tenía dicho Lence Santar, del tiempo de los celtas— había en ellos onzas de Carlos III, se rascó la cabeza y me dijo que quizá los que escondieron los tesoros hacían moneda falsa pensando en los tiempos futuros. Bien, no podía llamársele falsa, porque estaba hecha con oro de ley, pero la acuñaban con las efigies de los reyes que faltaban por reinar. Le pregunté, ¿cómo sabían que reinaría Carlos III y tendría aquella cara» —¿Y entonces las profecías?— me respondió. Tuve que callarme» (a).

¿Quién no ha oído alguna vez una historia sobre la búsqueda de un «tesoro de moros»? Incluso, en algunos pueblos, se señala un lugar, una torre, un lienzo de la muralla, los alrededores de una fuente, como posible escondite predilecto del famoso acopio de riquezas. Esto ha dado lugar a una serie de excavaciones indiscriminadas, cuentos y leyendas de los eruditos locales, algunos hallazgos más que dudosos y la continuidad local de unas historias hasta la actualidad con una estructura de contenido machaconamente inédita.

---

*Ldo. Filosofía y Letras.

Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 2

Hay dos historias en esta leyenda aurífera: una, lógicamente derivada de la depredación que realizan las pobres pero aguerridas comunidades cristianas del Norte peninsular sobre la rica población de al-Andalus. El botín que se realiza en estas avanzadas, en las conquistas de ciudades y territorios plenos de una artesanía especializada en los metales preciosos y el marfil, puede verse todavía en ciertos museos estatales y en la mayoría de los episcopales. A esto se añade, la posesión de fértiles tierras y de laboriosos trabajadores especializados, riqueza laboral incluso más importante que la mobiliaria y que hace acuñar dichos tan conocidos como «Quien tiene moro, tiene oro», «a más moros más ganancias» o «a más moros, más despojos» (1). Sería entonces, una continuación de la codicia del conquistador esta insaciable búsqueda de tesoros que, los huidos hubieran dejado pensando en una imposibles vuelta que nunca sucedió. Esta es la explicación tradicional, y que se ha dado hasta ahora como válida de este florilegio de leyendas. Pero, existe otra explicación más oculta y subterránea que es la que deseamos «historiar».

El morisco Ricote vuelve, en *El Quijote,* a su pueblo para desenterrar un tesoro que había dejado escondido. Con esta aventura, Cervantes da entrada en la literatura al tema del tesoro. Es en el siglo XVII y en torno a la expulsión de los moriscos en 1609, cuando se concretan las búsquedas y aparecen los cuentos que, transmitidos con una parecida estructura de contenido, tendrán una efímera gloria durante la época romántica. Pero, serán los libros antimoriscos escritos en la época de la expulsión, los que articularán la invención y los que nos explican su génesis.

## CAVERNAS Y NOCHE: LO OCULTO

Los escritores antimoriscos consideran a estos como hijos de las tinieblas al pedir su expulsión definitiva, su extirpación de las luminosas (por cristianas) tierras de España. La caverna platoniana, que iluminada por la luz de la razón natural y de la fe, desvelaría las tristes sombras de esta secta errada (la musulmana), se transforma para estos panfletistas cristianos en algo real. La caverna es un sitio concreto, un punto de reunión, de escondite, de conspiración. Los moriscos se reúnen en «cuevas» (2), en «grutas (3) y, cuando se encuentran visibles, en realidad están escondidos, guardando la maldad en «lo lóbrego de sus corazones» (4). Así, la caverna, a nivel individual indica el fingimiento, la doblez, la perfidia morisca. A nivel de comunidad, de la totalidad de los moriscos, muestra su traición, su odio, la conspiración, ya que las cavernas son el lugar donde se concentran, se acumulan, se transforman en masa indefinida y amenazante.


Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 3

Pérez de Culla nos dice que «si en lo exterior cristianos parecían, era por el castigo que temían» (5). Los moriscos ocultan no sólo sus intenciones sino que disimulan en público ser buenos cristianos. Para eso, pensaban los escritores antimoriscos y sigue pensando con ingenua mala intención la historiografía actual, les servía uno de los pretendidos dogmas de su secta, uno de los «más claros y diáfanos»: la taqiyya, excepción por la cual se puede negar a Dios sin dejar de ser musulman en caso de persecución. Esta disquisición teológica, por otra parte, muy parecida a otras que se han dado en el cristianismo, se ha desquiciado tanto en favor de argumentos espureos que, explicarla, requiere un capítulo aparte. Aquí sólo constataremos que es la base teórica en que se basan los escritores de la época para acusar a los moriscos de falsedad en todos los sentidos (y, por supuesto, no únicamente en el religioso).

Pedro Aznar Cardona, en su actividad detestivesca, nos cuenta cómo «sus tratos (los de los moriscos) eran de hijos y familiares de Satanás. En todo mentirosos, cautelosos, llenos de segundas intenciones, tanto aunque no fuerades a su casa sino a buscarles para un ligero menester, jamás se habló que los hijos ni la mujer respondiesen verdad la primera vez, hasta tener rastros de lo que pretendiades; o de otro agravio que obligase a personas de honra ponerse de por medio (solo fuese morisco el delincuente aunque ni fuese amigo ni deudo) negaban ciegos, amotinados y perjuros, la verdad probada» (6). Todo morisco es un sospechoso, y si lo es, debe ser porque está conspirando en algo. Y si no, nos dicen, a qué tanto disimulo ya que si estos pesquisidores aficionados encontraban algún pueblo morisco con aspecto de pacífico y tranquilo es porque «desde las atalayas, muryos y campanarios estaban por turnos hombres y mujeres perpetuamente atalayando en sus pueblos, para prevenir, trabucar, esconder, negar y renegar de la verdad si acaso venían acreedores, o ministros del rey, o del Santo Oficio» (7). Y hasta los trabajos que escogían eran intencionados, según ellos, porque «al fin tenían oficios que pedían asistencia en casa (un lugar ideal para mantener secretos y conspirar) y daban lugar para ir discurriendo por los lugares y registrando cuanto pasaba de paz y guerra» (8). Los escritores nos llegan a decir, ingenuamente, que era imposible que, con el trato que se les daba, pudieran sonreir y tener amistad con los cristianos viejos. Era evidente que mentían y ocultaban aviesos designios. Así, esta afición por ocultar cosas viene de su fe musulmana escondida y les lleva a imaginar traiciones, igualmente disimuladas. Pero, sigamos avanzando.

Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 4

## LO OCULTO: FALSIFICACION DE MONEDA

Gaspar de Aguilar nos dice, sacando una consecuencia de los presupuestos anteriores ya admitidos, que los moriscos «hacen... como tan falsos son, falsos menudos» (9). Así, «dieron los moriscos en hacer dinerillos falsos... se sabía que en casi toda su tierra se batía esta moneda públicamente... pedacitos de plomo y otros de esta suerte, con los cuales engañaban a los cristianos... y los trocaban por plata... pues daban por diez reales de plata, cuarenta de menudos... ibanse de esta suerte, apoderando poco a poco de toda la plata del reyno y llenandola de moneda falsa» (10). La falsificación de moneda es, pues, la primera consecuencia de su falsedad y los convierte en provocadores de la terrible inflacción que asolaba el país a finales del siglo XVI y comienzos del XVII.

Su avaricia, que ahora estudiaremos, y su intención conspirativa contra el mundo cristiano es lo que les invita a falsificar moneda. Su relación con el mundo de las tinieblas es lo que les da maestría en el oficio (11). Inclusive, aunque se descubran monederos falsos cristianos, los escritores antimoriscos (que acusan a catalanes y gascones de este delito, ya que ellos son aragoneses y valencianos), dirán que sus maestros fueron los moriscos, que «ellos fueron los capitanes de este recio trabajo, la moneda falsa, que este presente año de 1611 padece toda España» (12), que les enseñaban en sus secretos lugares, cavernas y subterráneos talleres. La desaparición de moneda es algo obsesionante en los escritores de este período, pero algunos ya tienen una respuesta fácil: la moneda va «de la Ceca a la Meca», desapareciendo en las arcas moriscas.

Así, cuando la justicia presionada por estas reclamaciones, coja a algunos falsarios como chivos expiatorios de la propia política inflaccionista estatal, la decepción se verá reflejada en exclamaciones múltiples. Jaime Bleda nos dice, ya en 1618, que «los moriscos pusieron en esta maldad de falsarios a muchos cristianos viejos, de toda suerte de gente y vendiendoles niños, y enseñandoles la industria de la cual usaban hasta que a la postre ahorcaron hartos cristianos y muy pocos moriscos» (13).

## LO OCULTO: LA AVARICIA

Al ser hijos de las tinieblas, los moriscos, saben de engañosas artes como la falsificación de moneda, pero, al ser dueños de lo profundo, de lo infernal, de lo que se encuentra debajo de la tierra, son los detentadores del oro. Una nueva versión de lo cavernoso que se aleja de Platón. Ya no sólo nos encontramos ante la apreciación estoica, heredada por el cristianismo, que asocia al oro con lo vil, lo bajo, lo sucio (idea alquímica por otra parte), sino también ante la más rancia herencia clásica respecto al mito de Plutón, dios de los infiernos y del oro al mismo tiempo.


Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 5

Ellos, como los judíos anteriormente (y posteriormente en imágenes racistas que se repiten hasta la actualidad) son adoradores del vil metal, lo guardan y atesoran, lo falsifican por no entregarlo (el auténtico), buscan los oficios adecuados para enriquecerse, viven sobriamente, no porque sean pobres, sino para acumular más oro, son ricos en realidad, inmensamente ricos pese a su apariencia astrada y miserable. Pese a las múltiples extorsiones realizadas por sus señores naturales, el estado o la inquisición, son inexplicablemente (si no tenemos en cuenta la fuerza que tiene un mito) acaudalados. Son por tanto, avaros.

Esta creencia es mucho más extendida de lo que abarca nuestro estudio particular y alcanza a cualquier comunidad que sea explotada en beneficio de otra. Su miseria es negada repetidamente, y las acusaciones, como la constante del teatro burlesco sobre el criado ladrón, alcanzan a judíos, musulmanes, indios, hasta llegar a los negros de la sudáfrica actual. En parte hay una verdad en estas observaciones, y no sólo la persistencia de un mito clásico. Los explotados son ricos, sí, son la riqueza de sus explotaciones.

Así, los moriscos no sólo son codiciosos, sino un factor que excita la codicia ajena. Ya dijimos antes que los moros, como propiedad servil, son traducibles a cantidades monetarias («quien tiene moro, tiene oro»). De ahí, la acertada observación de los panfletistas al unirse al coro de los que lloraron la ausencia de los moriscos ya que, en los barcos fletados para la expulsión, se aleja del país «una cuantiosa riqueza». Los refranes citados lo indican a un nivel que los comentaristas de la historiografía actual han querido entender por una traducción popular de «laboriosidad intrínseca de la comunidad morisca» (una características peligrosamente racial y ciertamente animalizadora). Habría que hablar más bien, y pensar, en precios de carne humana, que es lo que se expresaba tras estos dichos y refranes.

No es de extrañar, nos dicen los escritores antimoriscos, que entre los soldados y villanos (la parte más cercana a la tierra, a lo vil, en el ejercito cristiano, el de los hijo de la luz) se despertara la codicia, deslumbrados engañosamente por las riquezas materiales (vanas, pero constantes y sonantes, como muy bien lo indican estos cronistas) que los moriscos «está comprobado, llevan consigo» (14).

De ahí, esa satisfacción no disimulada y que tanto extraña a los historiadores posteriores, en describir las tropelías de la soldadesca.

En la actual tendencia a ocultar púdicamente la violencia inevitable que realizan las fuerzas del bien, este despliegue pictórico choca. Pero, en la concepción de los escritores del siglo XVII era de una lógica aplastante: por una parte se muestra la villanía de la soldadesca que no comparte el estoicismo de los nobles, clérigos y rey que desean librarse del peligroso enemigo morisco sin ganancia alguna, y por otro es una parte, al fin y al cabo, de la lucha contra la tiniebla, lo oculto, lo escondido. Esta diferenciación clasista, estamental y moralizadora es la que separa nuestras ejecuciones escondidas de los Autos de fe públicos. La maldad debe sacarse a la luz para que se vea su falsedad, su pudrición.

Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 6

Los moriscos disimulan sus riquezas, por lo que deben ser desnudados y, por supuesto, el resultado es encontrar el elemento aurífero en su interior ya que, como dicen Méndez de Vasconcelos, «Desnudanse los muertos, donde se halla aquel metal que adonde está no calla» (15). «Y todos los que caían heridos, antes de ser muertos, eran luego despojados y quedaban desnudos» (16). He ahí lo fundamental de la imagen, aunque este oro encontrado siguiendo la lógica de este razonamiento moralizador, sea una «mierda» como veremos ahora.

## «EL ORO QUE CAGO EL MORO»: ANALIDAD Y CODICIA

En *La Utopía,* de Tomás Moro, el oro se utiliza en la isla para hacer orinales, lo que nos señala no sólo su carácter vil, sino también relacionado con las entrañas, su carácter coprónimo. El dicho popular «el oro que cagó el moro» lleva en sí estos dos significados:

a) El oro es algo sucio (ligado a la tierra, al mundo del pecado, de las tinieblas, ya que no es como el oro puro, el producido por las «entrañas» de la Virgen, como nos señalan los romances (17), su posesión trae la infelicidad y revela la codicia, la avaricia, la falsedad. Los moriscos tienen oro, sí, pero debe estar tan apestado como ellos. Los escritores antimoriscos nos han señalado cómo falsifican, trasmutan, rebajan, el oro y la plata de las monedas, luego su oro es una «mierda». En este sentido ha quedado la expresión, indicando la estúpida codicia de alguien que se hace una joya otorgándole un valor que no posee, ya que sólo resulta ser un objeto de bisutería.

b) Pero también se trata de un «oro cagado». Viene de las entrañas del cuerpo, identificadas con las entrañas de la tierra, es pues, tambien oro ocultado. Las leyendas sobre avaros que comen oro, aplicadas frecuentemente a los judíos, tienen un gran éxito en el barroco (18) «Son como los jumentos del barro y como los ratoncillos de las minas de oro, que para sacárseles de las entrañas, es necesario que mueran, así son los avaros» (19). Asimismo, la identificación de oro y excrementos, tema que llega hasta Góngora, da lugar a divertidas peripecias novelescas (20). Pero, la leyenda tiene también consecuencias físicas y amenazantes para los miembros de la comunidad morisca. El capitán Contreras quiere levantar lo que supone unas tumbas moriscas porque afirma «si vuesamerced quiere que vamos, no puede dejar de, si son entierros, que no tengan joyas, que estos (los moriscos) se entierran con ellas» (21). Otros, irán más lejos. Los soldados, movidos por esa codicia «que los propios moriscos provocan», obsesionados por la idea de encontrar ese oro y monedas que se tragan para esconder, y que es seguro, comprobado y cierto que poseen, no sólo los torturarán para que vomiten sus escondidos tesoros, sino que los despanzurran para seguir la búsqueda:


Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 7

«Sucedió en esta ocasión / que cayó malo un morisco / de una cierta hartazón / de doblones amarillos / Después que estuvo en la mar, / no pudo al fin desintillos / y en tres días se murió / más de hambre que no ahito / Tentaronle la barriga, / y viendo que endurecido / estaba el vientre del moro / no faltó alguno que dijo: / Abramos este perrazo / que yo pondré que ha comido / algunos doblones de oro / por traerlos escondidos. / Diciendo y haciendo al punto / le abrieron con un cuchillo / y le sacaron del cuerpo / cien coronas de oro fino» (22). Así lo cuentan los romances.

La búsqueda de «tesoros de los moros» (que al principio fueron fundamentalmente «tesoros de los moriscos»), a veces tuvo finales trágicos como éste, o cómicos como el que nos relata en *Los Avisos,* Barrionuevo y del que augura «quiera Dios que no paren en caracolillos» (23), casi todos fallidos. La realidad de la existencia de éstos se basa en los cuentos, leyendas, y testimonios falsos de moriscos tan inexistentes como el propio Ricote en busca de su tesoro, imaginación de un gran autor de moriscos impostores: Miguel de Cervantes.

No olvidemos que terminó atribuyendo la autoria de su Quijote al moro Cidi Hamete Benengeli, lo que tiene explicación en el chiste de que una «bola» tan grande como las aventuras del hidalgo manchego sólo podía habérsele ocurrido a un moro mentiroso. Así, que si concedemos veracidad a la realidad de esos tesoros escondidos por Ricote, habríamos de dudar de la autoria del propio libro. Mejor es pensar que el excelente fabulador y obsesivamente endeudado Miguel de Cervantes, creó ambos dando patente literaria a dos «imágens» ya suficientemente argumentadas, «pintadas», por los escritores antimoriscos: el morisco falso y el morisco que oculta cosas, las dos caras de una misma reflexión que terminó siendo un tema popularizado (que no popular) en la mayoría de los pueblos y aldeas españoles, aunque su origen es fundamentalmente culto. ¿Quién iba a pensar que la caverna platoniana diera tanto fruto?

---

Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 8

## NOTAS

(a) Citado por Antonio Blanco Freijeiro, «Delfos, la oreja de Apolo», *Historia 16,* nº 107, marzo 1985, pp. 83-89.
(1) Cit. Jaime Bleda. *Crónica de los moros de España,* Felipe Mey, Valencia, 1618, p. 886.
(2) AGUILAR, Gaspar de. *Expulsión de los moros de España,* Pedro Patricio Mey, Valencia, 1610, p. 34.
(3) MENDEZ DE VASCONCELOS, Juan. *Liga deshecha por la expulsión de los moriscos de los reynos de España,* Alonso Martín, Madrid, 1612, fol. 94.
(4) ROJAS, Juan Luis de. *Relaciones de algunos sucesos postreros de Berbería. Salida de los moriscos de España y entrega de Alarache,* Iorge Rodríguez Comas, Lisboa, 1613, fol. 23.
(5) PEREZ DE CULLA, Vicente. *Expulsión de los moriscos rebeldes de la sierra y Muela de Cortes por Simeón Zapata Valenciano,* Juan Batista Marçal, Valencia, 1625, fol. 18.
(6) AZNAR CARDONA, Pedro. *Expulsión Iustificada de los moriscos españoles,* Pedro Cabarte, Huesca, 1612, II parte, fol. 37.
(7) AZNAR CARDONA, op. cit. fol. 38.
(8) AZNAR CARDONA, op. cit. fol. 35.
(9) AGUILAR, Gaspar de, op. cit. p. 40.
(10) FONSECA, Damián. *Justa Expulsión de los moriscos de España,* Iacomo Mascardó, Roma, 1612, p. 263.
(11) Véase FONSECA, Damián, Op. cit. pp. 326-327; GUADALAJARA Y XAVIERR, Marco de, *Memorable Expulsión y Iustissimo destierra de los moriscos de España,* Nicolás de Asiayn, Pamplona, 1613, fol. 142; y ESCOLANO, Gaspar de, *Segunda Parte de la Década Primera de la Historia de la insigne y coronada Ciudad y Reyno de Valencia,* Pedro Patricio Mey, Valencia, 1611, columna 1996.
(12) AZNAR CARDONA, Pedro, Op. cit. II parte, fol. 52.
(13) BLEDA, Jaime, Op. cit. p. 923.
(14) Sobre tesoros escondidos véase AGUILAR, Gaspar de, Op. cit. p. 155.
(15) MENDEZ DE VASCONCELOS, Juan, Op. cit., fol. 119.
(16) ESCOLANO, Gaspar de, Op. cit. col. 1964.
(17) «Nueve romances sobre la expulsión de los moriscos», publicados por S. Alvarez Gamero, *Revue Hispanique,* XXXV, 1915, II, pp. 425.
(18) Véase ALDRETE, Bernardo, *Varias Antigüedades de España, Africa y otras provincias,* Juan Hafrey, Amberes, 1614, p. 115.
(19) RIPOL, Juan. *Diálogo de consuelo por la Expulsión de los moriscos,* Nicolás de Asiayn, Pamplona, 1613, fol. 4.
(20) Véase el cuento citado por ROJAS ZORRILLA, Fernando, *La más hidalga hermosura,* II, BAE, LIV, pp. 518-519.
(21) CONTRERAS, Alonso de. *Vida del capitán Contreras,* Fontamara, Barcelona, 1982, p. 84.
(22) «Nueve romances sobre la expulsión de los moriscos», op. cit. p. 433.
(23) *Avisos de Barrionuevo,* BAE, CCXXII, II, p. 244, el número de aviso es el 244.


Diputación de Almería — Biblioteca. En busca del «Tesoro de los moros»., p. 9